

deseo poner bien de manifiesto en el espíritu del lector, que oponerle el del reciente libro de Mr. Kidd sobre la *Evolución social*. Toda su concepción descansa sobre la idea de que el individuo no podrá encontrar ninguna «sanción racional» á la vida social. Por lo que debe, ó revolverse contra la sociedad, ó ahogar su razón. Según Mr. Kidd, toma el último camino y, aceptando una sanción sobrenatural, que encuentra en cualquier sistema religioso, obra—por inferencia—*irracionalmente*. Pero ¿por qué su egoísmo y sus impulsos anti-sociales han de ser lo único racional en el hombre? Las más superficiales consideraciones sobre el origen del hombre, prescindiendo del conocimiento de los principios de psicología, ¿no muestran que es irracional en diversos respectos ceder á esos impulsos? La acción, según su idea real, más compleja, más rica, es racional, como se verá en un capítulo ulterior (Sanciones, cap. IX) (1) más en detalle; y si el autor de «Evolución social» está en lo justo al decir que la religión es la fuente principal de esa especie de acción, la religión encuentra así, en alguna medida, su justificación (2).

(1) V. también Sec. 178.

(2) Será innecesario, salvo por razones de claridad, advertir que está aquí en cuestión el lugar del individuo *dentro del grupo*, ó sea su posición *en su propia sociedad*. Las cuestiones relativas á las relaciones de los grupos entre sí, y los respectivos caracteres individuales, sólo se comprenden incidentalmente.

SEGUNDA PARTE

LA PERSONA QUE INVENTA

CAPÍTULO III

La invención frente á la imitación.

53. La literatura reciente relativa á la vida social, en la cual las funciones imitativas han sido puestas tan de relieve, ha tendido, en no pocos espíritus, á obscurecer los grandes hechos de la invención, en tanto que una tendencia análoga ha llevado á otros á olvidar la importancia de la imitación. En las páginas anteriores he intentado, hasta donde me ha sido posible, apoyarme en el punto de vista de la historia natural, determinando lo que me ha parecido ser claramente imitativo y dando una idea genética de la formación de la noción del yo, sin suscitar, ni de un lado ni de otro, la cuestión de la iniciación en el espíritu de lo nuevo é inventivo. Pero no es posible prescindir constantemente de esta cuestión, y ahora me propongo abordarla directamente. ¿Cómo el espíritu inventa algo nuevo? O cambiando los términos: ¿Hasta qué punto lo que llamamos invención es realmente la creación de algo nuevo?

Esta cuestión puede ser considerada más directamente y con más provecho, á mi juicio, desde el punto de vista del desenvolvimiento primero del niño. Y esta manera de abor-

darla tiene la ventaja de darnos resultados en relación directa con los alcanzados en las discusiones sobre el factor imitativo en el desenvolvimiento del sentido personal. Si el niño es inventivo en algún grado, debe mostrarlo en conexión con sus múltiples adquisiciones, aunque éstas sean de las que con razón se han podido llamar imitativas. No podemos dividir el niño en dos partes, dos realidades con dos facultades diferentes: una destinada sólo á imitar, y la otra á inventar. Naturalmente, es el mismo niño quien hace ambas cosas; y si está adornado del poder de invención, este poder se manifestará en cuanto haga, hasta en sus imitaciones.

Esta indicación general puede ser reforzada con el examen de las mismas imitaciones del niño. Semejante apelación directa al hecho, adecuadamente llevada, será más útil que cualquier discusión abstracta sobre los méritos respectivos de la imitación y de la invención en la vida mental en general, donde—con tanta frecuencia—los dos tipos de función se consideran, por definición, como dos puntos extremos el uno frente al otro. En opinión de muchos, un acto es imitativo ó inventivo, y al cumplirlo el niño es ó creador ó esclavo. Las frases «creación divina» é «imitación servil» son bastante comunes.

§ 1.—EL PROCESO DE LA INVENCION

54. Antes de volver al niño, puede abreviarse nuestra investigación por una definición del término «invención», según el estado presente de los conocimientos psicológicos nos permite establecerlo. No se trata hoy en los círculos psicológicos de la creación mental absoluta tal como antes se suponía. La nueva doctrina 1) del «contenido mental», la cual sostiene que ningún elemento de la representación puede entrar en la conciencia como no haya sido dado en alguna forma de presentación, y 2) aquella según la que las actividades de la conciencia están siempre condicionadas por el contenido de la presentación y representación presen-

tes en el momento, hacen imposible con tales indicaciones que el agente ó el espíritu pueda hacer cosa alguna por sí mismo, «por entero», digámoslo así. La primera de las indicaciones, adoptada ahora por lo general, nos lleva á ver en todos los casos de imaginación—y hasta en todos los casos de invención—los elementos de construcción más ó menos familiares antes al pensamiento de la persona que hace la invención. La frase «la imaginación es constructiva y no creadora», figura en todos los Manuales, aun en aquellos cuyos autores han encontrado la manera de mostrar que las iniciaciones absolutas son posibles en la conciencia misma. Tenemos, pues, derecho á apoyarnos en una idea de psicología corriente.

La otra doctrina antes señalada está, creo yo, igualmente bien establecida, aunque no sea tan generalmente conocida ni popular como la primera. Los psicólogos consideran las actividades conscientes como estando, en alguna manera, implicadas en el mecanismo del movimiento—ya de los movimientos del sistema muscular ó en las fases de la atención—, y así encuentran que esos movimientos de ambas clases de expresiones descubren el contenido de la conciencia. *Lo que hacemos es siempre función de lo que pensamos* (1).

Si estos principios son verdaderos, he ahí un camino en el cual la conciencia aún puede ser inventiva. Podemos decir que las actividades de la conciencia, en cierto modo dan nuevos aspectos, formas, síntesis, cernidos á *los contenidos de los cuales los mismos se originan*.

55. Aun en esos estrechos límites, hay dos direcciones en las cuales podemos buscar novedades en el espíritu. Esos dos caminos, sin embargo, difieren en cuanto al «locus», por decirlo así, de la novedad efectiva ó invención en el conjunto

(1) V. *The Power of Thought*, por J. D. Sterret; allí hay una exposición detallada vulgar del asunto. Guyau, *La Educación y la herencia*, cap. I, también ofrece interesantes indicaciones sobre el mismo.

del proceso que entraña una sección completa de la conciencia. Podemos afirmar: 1) que la idea nueva ú original llega á la conciencia precisamente de la mezcla de la memoria, la imaginación, etc., de los *dissecta membra* de los anteriores pensamientos, percepciones, etc., en nuevas y variadas combinaciones: esto de un lado, ó bien podemos decir: 2) que la novedad se ha introducido en las formas bajo las cuales las acciones, las empresas, los esfuerzos, de la vida de la conducta, tienden á poner los recuerdos, las imaginaciones y los pensamientos anteriores.

1. En el primer caso, veríamos todas las varias formas, bajo las cuales nuestras fantasías se unen, luchar para ocupar su lugar en nuestros sistemas aperceptivos y para convertirse en acciones, y el valor respectivo dependería del valor de sus éxitos en punto á alcanzar satisfactorios resultados. El criterio de una invención, en oposición á una mera fantasía accidental y sin valor, sería su selección subsiguiente, que no podría preverse de otro modo (1). Surgiría entonces esta gran cuestión relativa á cómo las invenciones reales se seleccionan en adquisiciones permanentes y de valor. Esta cuestión nos obligaría á revisar toda la teoría del origen del pensamiento

(1) Tal parece ser la posición de W. James en su admirable cap. XXVIII del vol. II de los *Principles of Psychology*. Su principal esfuerzo enderézase á afirmar que en su *origen* las formas del pensamiento son variaciones independientes de la experiencia. No encuentro que trate en detalle la cuestión de cómo esas variaciones son subsiguientemente seleccionadas, aunque admita que deben serlo por conocimiento científico natural (l. c. II, pág. 636). Si esta selección se hiciese por la experiencia—como debe ser—y si las variaciones individuales seleccionadas se reproducen en las generaciones subsiguientes por selección natural y orgánica, así como por transmisión social, entonces tendríamos una evolución mental *dirigida* después de todo por la experiencia—aun con relación á las puras categorías «elementales»—de una manera que elude los reparos opuestos por W. James á la hipótesis spenceriana de la «experiencia de la raza» y eso aun con los supuestos de W. James. Habría así una coincidencia progresiva entre lo que es *á priori* individual,—originariamente variación, luego seleccionada y heredada, y lo que es *verdad de experiencia* en la evolución de la raza.

y su utilidad en la evolución orgánica y mental. Esto no puede hacerse aquí (1); pero podemos aceptar el resultado general de que por la acción es como su valor se testifica. Si se dijese con algunos que la concordancia con los pensamientos anteriores es el criterio, entonces podríamos afirmar que por la acción es como todos estos pensamientos anteriores han sido probados, y que por la acción es como los pensamientos cuyo valor ha sido reconocido se reúnen en un sistema. La consistencia misma significa sinergia ó unidad de acción. Por tal modo, pues, se hace un pequeño avance en el sentido de que es preferible la base de las obras ya realizadas para las nuevas combinaciones ó interpretaciones que constituyen las invenciones reales. Lo cual nos lleva á la segunda idea posible.

2. Según ella, las nuevas combinaciones de la vida inventiva no son el cambio resultado de los fragmentos de memoria y fantasía recibidos: son más bien las nuevas formas bajo las cuales los materiales de nuestro pensamiento se producen como resultado de las variaciones de nuestras acciones en el proceso de adaptación á los fines útiles. Por adaptación es como nuestra vida mental se determina en un gran sistema de pensamiento consistente; y mediante nuevos refinamientos sobre estas acciones adaptadas y correlacionadas es como las nuevas variaciones se introducen en el sistema de nuestro pensamiento coherente. El criterio del valor de estos nuevos elementos del pensamiento reside todavía en el resultado de la acción, y tienen que sufrir actualmente su prueba; pero como provienen de sistemas perfectos y de acomodaciones realizadas, desde un principio es más verosímil su buena cualidad.

En esta segunda teoría, que doy como la única verdadera, el proceso de selección marcha sobre el nivel mental alcanzado antes (2), mientras que según la otra, cada invención

(1) He tratado este asunto con detalle en mi anterior obra sobre el *Mental Development*.

(2) Esto, evidentemente, fuerza la determinación de la evolución mental en los límites de la experiencia—como se indica

es un resultado casual entre todas las creaciones posibles de la fantasía. La cuestión de la operación actual de la selección, en su criterio objetivo y en los procesos cerebrales que entraña, la dejo para más adelante (1). Ambas teorías, sin embargo, admiten la existencia de variaciones en los procesos cerebrales; pero la una las coloca del lado receptivo y sensitivo, y la otra del lado activo y motor. La una dice que estamos expuestos á toda suerte de imaginaciones, algunas de las cuales valen y son verdaderas. La otra dice que somos capaces de pensamientos que tienen valor y verdad, porque están unidos á un sistema por los procesos de acción y de atención; cuando estos procesos varían, algunas de las variaciones entrañan concepciones mejores y más verdaderas.

56. Cierta, la última teoría podría decir que imaginamos toda suerte de cosas; pero no son estas imaginaciones las que solemos considerar como invenciones de valor (2).

Esta última posición se apoya en la comparación de los dos campos de la imaginación y del pensamiento respectivamente. Rara vez encontramos en nuestros sueños ó en nuestras fantasías, ó en nuestra meditación sobre asuntos estudiados sin cuidado alguno, combinaciones de valor. Las invenciones nacen de la meditación trabajosa, de la aplicación persistente, de los esfuerzos de atención, de la dirección consciente y disciplinada de las operaciones del espíritu. Las variaciones importantes, pues, están más ó menos determinadas, en total, en su dirección, en razón del sistema particular

más arriba—supuesto que las variaciones, de las cuales se hace la selección, se distribuyen en el medio de las adaptaciones anteriores. Lo que da lo que he llamado en un trabajo reciente la «determinación sistemática» del pensamiento. (*Psychol. Rev.*, Enero, 1898.)

(1) § 3 de este capítulo, sobre el «Pensamiento selectivo».

(2) Escritas estas líneas, se publicó el artículo de M. Urban (*Psych. Rev.*, Julio, 1897) con una interesante discusión. El Dr. Urban acepta la posición sostenida aquí, y reconoce que las nuevas concepciones, que él supone imitativas, pueden nacer sobre la base de los procesos aperceptivos («imaginativos» para él) anteriores. Se indican sus opiniones más adelante, al discutir los procesos de selección (Sec. 78).

en el cual ocurren. Estos sistemas nacen, según la regla de ciertas indicaciones objetivas ó coeficientes de creencia en las diferentes esferas de la verdad (1).

57. Esta doctrina general, puedo añadir todavía, está de acuerdo con las exigencias psicológicas ya formuladas. Hemos visto que una nueva invención debe hacerse con materiales viejos y merced á la actividad suscitada en función de estos mismos materiales. La idea presentada responde á ambas exigencias. Hace de la nueva concepción, en cada caso, una de las síntesis posibles de las concepciones anteriores, y tiene sobre la otra teoría, de que se ha hablado, precisamente la ventaja de tomar la variación que produce la invención, como una variación en los procesos activos legítimamente nacidos de las concepciones aproximadamente semejantes. El proceso total es un círculo. Puede decirse que hay en esto primero pensamientos que acaban en movimientos adaptados á ellos. Las variaciones, en esos movimientos, reaccionan, produciendo variaciones en los movimientos. Algunos de esos pensamientos variaciones, son seleccionados y tenidos por «verdad» (2). Son las invenciones.

(1) Para la discusión de estos criterios de creencia véanse las Psicologías. En mi *Handbook*, II, cap. VII, se clasifican bajo el término de «coeficientes».

(2) Era teoría corriente (Bain, James), la de que el pensamiento se debe genéticamente á la obstrucción ó retención del movimiento, utilizadas las energías que se hayan gastado en descargas motrices en la formación del mecanismo del pensamiento. James ha visto esta posición adecuadamente defendida en el terreno psicológico. Me parece que entraña dificultades que no es posible salvar. Puede preguntarse cómo puede producirse la correspondencia entre los pensamientos relativos al mundo exterior y las condiciones actualmente existentes en el mundo; ó, en otros términos, cómo el pensamiento puede ser verdad. Es perfectamente natural suponer que los movimientos adaptados ó reveladores de hechos ahora existentes se han producido antes, y que el pensamiento es, en algún modo, una forma de restauración interna, sin dependencia constante de los objetos reales, del sistema de realidades revelado primeramente por semejantes movimientos. Dado esto, el desenvolvimiento del pensamiento se efectuaría por una serie de variaciones cerebrales, que engendrarían en el espíritu un «sistema de modelos» actualmente existentes en el mundo, primero re-

Así, á la fórmula: *lo que hacemos es función de lo que pensamos*, añadiremos esta otra: *lo que hemos de pensar es función de lo que hemos hecho*.

§ 2.—LAS INVENCIONES DEL NIÑO (1).

58. Esta última indicación—si es verdadera y, si como se ha dicho, el contenido y la actividad están condicionados por el progreso de la experiencia—recibirá algún apoyo del estudio cuidadoso del desenvolvimiento de la experiencia del niño en los momentos mismos en que parecen más claramente determinadas las limitaciones impuestas por la psicología á su originalidad. En la infancia está más claramente sometido á estas limitaciones, porque es, sobre todo, un discípulo. No realiza entonces ninguna invención sorprendente: al menos no parecen tal á los demás, aunque á él se lo parezcan. De hecho podemos ver de ordinario de dónde saca la mayor parte del material de su pensamiento, y por qué género de reacción sobre su material ha llegado á darle las formas que sus invenciones presentan.

La tarea que ahora se nos ofrece es muy sencilla: descu-

producidos por el movimiento ó que éste había primeramente contribuido á reproducir. Las variaciones-movimientos precederían á las variaciones-pensamientos, y el desenvolvimiento del pensamiento dependería más del movimiento con éxito que de la obstrucción y supresión. En la teoría de la «obstrucción», por el contrario, las variaciones-pensamientos no podrán tener efecto, ni ser juzgadas verdad, sólo á través de su terminación en movimiento; y aparte la dificultad de la prueba en las condiciones de la obstrucción—sea cual fuere el medio—se produciría una selección de movimientos análoga á la invocada en el caso de las simples variaciones de movimiento cuando son antecedentes. Reflexionando sobre esta teoría, parece-me que coloco el carro delante de los caballos en todo el curso de la evolución del espíritu. Está más conforme con los hechos decir que las simples adaptaciones motrices—*pensando* ellas son adaptaciones de *atención*—preceden al pensamiento, y que las variaciones cerebrales que perpetúan esas adaptaciones son, *ipso facto*, objeto de selección; *así nacen los pensamientos verdaderos*.

(1) La mayor parte de este párrafo se ha publicado en *The Inland Educator*, Julio-Agosto, 1897.

brir en las invenciones del niño—juegos, edificaciones de arena, casas de cartón, relatos, creencias, etc.—lo que ha tomado ó no de los ejemplos, situaciones, sucesos, formas, de los útiles y de las cosas que están á su alcance, y las cuales puede percibir, concebir y sobre las que puede actuar. En suma, en qué medida un individuo ha contribuido á la constitución de su propio pensamiento.

59. Hay dos principios generales, aparentemente implícitos, en todas las originalidades del niño; estos dos principios han surgido en mi espíritu como interpretaciones necesarias de las observaciones que yo he hecho del niño en los últimos años y en el curso del estudio que he realizado sobre los variados hechos de la infancia. Me atrevo á presentar uno de estos principios bajo la forma de una opinión de carácter dogmático, y citando las pruebas y dando los ejemplos sobre los cuales se funda, hasta donde el espacio lo consienta.

1. *Las originalidades del niño son, en gran parte, los nuevos modos bajo los cuales agrupa sus conocimientos, á consecuencia de sus tentativas, para mejorar lo que ya conoce*. Más brevemente, su originalidad surge al través de su acción, de su lucha, de su experiencia de las cosas de una manera imitativa.

2. *Las originalidades del niño, además, son, en gran parte, la combinación de sus conocimientos que estima exactos y espera imponer á los demás que obrarán del mismo modo*.

60. Estas dos proposiciones no deben tomarse como dos principios distintos actuando separados ó en oposición entre sí, ni como expresión de un orden cronológico en el desenvolvimiento del niño; más bien representan fases del hecho único de la invención, y, por comodidad al referirnos á ellas, las llamaremos, respectivamente, la «fase personal» y la «fase social».

Una advertencia que puedo hacer antes de considerarlas separadamente, y la cual debe hacerse aún antes de formularlas con más claridad, toda vez que las relaciona con nuestras observaciones anteriores acerca del desenvolvimiento del

niño. Consiste la advertencia en que las invenciones del niño son, en esas dos fases, el reflejo del doble aspecto de su desarrollo personal. Se recordará que hemos encontrado que el niño se desenvuelve primero gracias á una absorción imitativa de materiales que ofrecen las personas que lo rodean; y luego, en el segundo momento, haciendo ley su propio desenvolvimiento personal—cuyos hechos he encontrado alrededor de sí mismo, como una persona—entre las personas de su medio. Ahora bien, la primera fase de su actividad inventiva le ofrece en conexión con el primero de estos movimientos personales: *es original aprendiendo cerca de los demás*, tomando elementos personales de ellos. Y la segunda fase de su originalidad es una función de los otros procesos de su desenvolvimiento personal: *es original obrando sobre los demás*, ejercitándose él mismo en sus relaciones con ellos. La última es una especie de criterio de prueba del valor de la primera ante el niño mismo.

61. I. Ahora podemos tratar, de un modo completo, de la fase «personal» de las invenciones del niño.

Para evitar repeticiones, podemos hacer uso de los resultados de las primeras páginas, destinadas al desenvolvimiento del sentido del niño, de su *ego* ó yo personal, y podemos separar de los detalles el hecho importante de que toda la absorción personal de sus asociados inmediatos se funda en su tendencia á imitar. El carácter interesante que encuentra en este ó aquel elemento en el hombre, la mujer ó el niño, de quienes aprende, se debe á la imitación, porque sus intereses son, realmente, tan sólo el reflejo intelectual de sus hábitos, y sus hábitos son el fenómeno motor, resultado de sus actividades anteriores del mismo tipo imitativo. Pero, aun fuera de la misma teoría, nos vemos obligados por los hechos á decir que el método de su progreso personal es la imitación. Porque si decimos que no puede hacer nada sin alguna habilidad para aprender lo que hace—esto es, sin un contenido reviviente de algo antes aprendido, y si reafirmamos la otra verdad psicológica evidenciada antes—, de que ninguna acción

puede darse, sino es en mayor ó menor grado, el resultado propio de las energías motoras reavivadas; admitidos estos dos puntos, la acción que el niño realiza debe tener un carácter imitativo, precisamente en la medida en que el hábito que tiende á despertar es adaptado á la situación que el niño observa á su alrededor; esto en la medida en que comprendo esta situación.

Por ejemplo, un niño me ve colocar una sortija en un dedo. Tiene ya ciertos hábitos de acción. El contenido de su conciencia—mis dedos—tiende á despertar el único hábito de acción que está asociado á los otros contenidos análogos, á saber: sus propios dedos. Pero este movimiento de los dedos así producido es imitativo; y el hecho de que es imitativo—esto es, que es la expresión motor de una representación análoga á la que está ante él—su dedo en lugar del mío—es la razón, y una razón suficiente, para que se produzca un movimiento, por el cual el niño aprende algo. En otros términos, no puede aprender sino imitando, porque si obrase únicamente según los elementos que reviven en su conciencia, obraría en absoluto como antes, sin aprender nada. De otro lado, no puede obrar de una manera absolutamente nueva, porque sus acciones tocarían en su conciencia sin tendencia á realizar ninguna especie de acción apropiada. No podría obrar de un modo coherente. De donde se sigue que sólo las nuevas representaciones que sean asimilables á las viejas, pueden beneficiar los hábitos unidos á estas últimas, y que hacen obrar de una manera más ó menos homogénea á la nueva. Pero esto es imitación.

Precisamente acabamos de indicar, como ha podido verse, las bases de lo que usualmente se llama el «instinto de imitación». El instinto de imitar obra por el uso de los movimientos requeridos para hacer la cosa imitada. Pero al menos que el niño tenga una especie de sentido de aquellos movimientos que quiere hacer, no puede producirlos. Ese sentido de esos movimientos propios puede llegar á tenerse solo en virtud del cumplimiento de aquellos movimientos en

conexión con algún otro contenido mental. Y los movimientos asociados á un contenido mental no pueden asociarse á un nuevo contenido, sino puede ponerse en lugar del antiguo en el esquema motor (1).

62. Ahora el lector preguntará: pero el niño ¿aprenderá algo con tales imitaciones? ¿No es su actividad habitual la misma que piense en sus propios dedos directamente, ó que solo piense en ellos indirectamente, bajo la sugestión de los dedos de otro que realiza el movimiento?

No podemos responder sino de un modo afirmativo á esta pregunta. El niño no puede aprender cosa alguna importante simplemente por el movimiento, si es, esencialmente, el mismo que ha hecho antes. Pero podemos plantear la cuestión de un modo más amplio y preguntar si aprende algo por su situación considerada en conjunto; lo que exige una respuesta muy diferente. Y la cuestión planteada entonces puede formularse en estos términos generales: ¿cómo puede la «situación imitativa» instruir al niño?

63. Debemos consignar que sus propios movimientos, sus acciones imitativas, traen nuevos elementos á la situación. En el momento en que obra, tiene tres cosas en su espíritu—tomemos el caso de la imitación del movimiento de los dedos. Primero, ve los movimientos de la otra persona; luego tiene el recuerdo de sus propios movimientos de los dedos (probablemente de sus dedos tal como le aparecen y los movimientos de los mismos como los siente); y, por último, ve sus movimientos propios. Ahora bien; pueden ocurrir dos cosas diferentes, que dependerán ampliamente de la edad del niño. Puede aprender algo ó puede no aprender. Si ha alcanzado ya lo que se llama «la imitación persistente»—la tendencia á ensayar—ó la voluntad más desenvuelta que nace del ejerci-

(1) El mecanismo de la imitación se describe detalladamente en mi *Mental Development*, cap. X, § 1, y cap. XIII, § 2. Sobre el uso de esta función en esta obra, véase cap. XIII (tercera edición).

cio de la imitación persistente, entonces aprenderá. No puede menos de aprender.

Porque verá la insuficiencia de su ensayo en la primera ocasión, y reunirá sus fuerzas para hacerlo mejor. Lo que significa que volverá á actuar; pero no como antes, sencillamente, con el antiguo sentido de sus propios movimientos de dedos anteriores, sino con el tres veces más complejo contenido que ha surgido en su conciencia por expresión. Y añádase á eso ciertos elementos extraños resultantes de su acción: los esfuerzos de su atención, las contracciones de sus demás miembros, el fluir de la sangre á la cabeza, la excitación emocional agradable, la fatiga actual de los músculos empleados, etc. Y ahora llega un segundo momento. Es un contenido más variado y tan extraño como el primero. Que ensaye hasta que «llegue»,—que logre hacer después de mí los mismos movimientos de los dedos; y pregunte usted entonces si estos movimientos son todo lo que el niño ha aprendido!

64. Aparte la adquisición de la combinación de dedos, que es su inmediato objeto, ha aprendido una variedad de cosas. Sólo pueden señalarse aquí las principales indicaciones de su aprendizaje, lo esencial del hecho mismo de aprender, prescindiendo de los detalles de este particular ejercicio de dedos. Aprende, podemos decir, primero un gran número de combinaciones que no son las que buscaba. Cada uno de sus esfuerzos es para él una novedad, y tiene sus caracteres interesantes. Si le examinamos y, especialmente, si prescindimos del «modelo» que le ha ofrecido nuestra combinación de dedos, le vemos tan dominado por cada movimiento de los que hace, por los éxitos parciales que logra, que olvida proseguir su ensayo. Comienza y vuelve á comenzar reproduciendo sus combinaciones, y así las aprende. No hay materia, por lejana que esté del modelo que imite en cada esfuerzo, que no encuentre en éste una combinación realizable y provechosa para su aprendizaje, y, en muchos casos, para sus movimientos útiles.

Y entonces aprovecha una muy valiosa lección: aprende el método de aprender. Comienza por ver que él es quien cambia el modelo con sus ensayos de reproducción, que realiza interesantes combinaciones, las cuales son su propia peculiar propiedad. Se para extrañado ante su obra; vuélvese hacia los mayores y compañeros, y les dice: «Vean lo que puedo hacer». Y empieza á reconocerse como algo más que un mero imitador. Empieza á ver que es precisamente de ese modo, ejercitándose, como las demás personas de quien acostumbra á aprender, han conseguido la facilidad de procurarle las cosas que él aprende; y así, gradualmente, aprende que, después de todo, no depende por completo de ellas en las nuevas lecciones. Comienza á ser, en cierta medida, autónomo en las tareas de su vida diaria.

Tales son los dos grandes aspectos del aprendizaje—ambos mucho más importantes que la mera adquisición de la acción que aprende á cumplir. Con relación á esta última es imitativo, constreñido por el modelo; en un sentido es esclavo, en cuanto es legítimo considerarle como aprendiendo esa misma cosa. Los débiles son, en este sentido, meramente imitativos; sólo aprenden de cada vez una cosa, y la aprenden por la acción directa forzada del modelo sobre ellos y ante ellos. Sólo en ellos imitar es un signo de esclavitud. Y es así, únicamente porque no tienen capacidad más que para ser esclavos. Rompamos las ligaduras de su limitación—las ligaduras de la imitación—y lejos de hacerlos libres, perecerán. Pero el niño normal—el niño de atención continua, cuyo interés está siempre despierto, que tiene el sentido naciente de una actividad suya propia, destinada á imponer su ley en su día al mundo como á sí mismo,—jamás será esclavo, aun en sus imitaciones más estrictas. Demostraráse esto mejor con el examen más detenido de su aprendizaje.

65. Primeramente, podemos decir que cada una de las situaciones que se originan de sus esfuerzos para reproducir el modelo, *es una invención del niño*. Es tal, porque lo reali-

za; nadie más que él en el mundo la conoce y puede reproducirla. No tiende, es verdad, á hacer ninguna cosa nueva; quiere hacer lo que el modelo, imitándole. Pero lo que hace difiere del modelo y de lo que ha hecho antes. Es una nueva síntesis de materiales antiguos, en este caso, de sus antiguas representaciones de movimientos de los dedos, con las nuevas ofrecidas á su vista, y sus antiguas tensiones de músculos, estados de respiración, fluir de la sangre, opresión de garganta, doblar de las articulaciones, etc. Pero lo nuevo, tanto en la nueva representación de los movimientos de los dedos y en el conjunto de los esfuerzos, son las sensaciones orgánicas, y he ahí todo. Tiene una nueva cosa que contemplar y es una nueva persona para contemplarla. El plan de su existencia y contemplación se ha elevado un grado.

66. Ya hemos visto cómo su sentido de sí mismo crece con las aportaciones de los elementos de personalidad recibidos por la imitación. Así ocurre que lo que era proyectivo en la vida personal del padre, de la madre, etc., se incorpora á su idea en su propio yo subjetivo. Este nuevo yo, que se constituye á cada avance, es también una invención real. El no sólo llega á ser un yo, no sólo adquiere el sentido de un poder superior, de dominio, de bondad, ó de otro aspecto de su personal desarrollo que el caso particular le pone de manifiesto; hace más. Lo hace él; por su propia actividad, lo termina, lo inventa. Y es esto verdad respecto de todos sus conocimientos. Nunca se limita á tomar simplemente el conocimiento de alguno. Le sería imposible. Aun el débil de espíritu, de quien he hablado, debe tener bastante dominio propio para imitar, y bastante capacidad asimilativa para juntar, en una nueva forma, los elementos que surgen en su conciencia al través y con su acto imitativo. Pero el niño activo sano hace un nuevo yo, sobre nuevo objeto, cada vez que actúa de un modo no dictado enteramente por el hábito; y el resultado subsiguiente es que la segunda construcción que sigue á su nuevo acto, es otra invención para él que le sirve de deleite. El desarrollo del yo proviene del desarrollo